



Camaroneras: el fin del manglar

Greenpeace estima que en 1980 había 17 millones de hectáreas de manglar en las costas tropicales del mundo, de los que, según la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación), la mitad ya se han perdido. Las causas de su destrucción son múltiples (extracciones para empresas madereras o papeleras, construcción de infraestructuras...), pero en estos momentos la mayor amenaza para estos ecosistemas la constituye la instalación de la industria camaronera, que cría en estas zonas los langostinos tropicales que se exportan a países desarrollados.

En la mayoría de los casos, el cultivo de langostinos requiere la destrucción de bosques de manglar, para la construcción de grandes piscinas. Esta actividad ha motivado la desaparición de más de un millón de hectáreas de manglar. Con la destrucción de estas zonas, los ecosistemas marinos pierden su equilibrio y disminuye la cantidad y diversidad de peces, ya que sus áreas de cría son destruidas. Los manglares, el equivalente a las selvas húmedas en las costas tropicales, ofrecen refugio a una variedad increíble de vida animal y vegetal, proporcionan medios de vida a las comunidades locales que pescan y recolectan moluscos en ellos, y defienden la costa de la erosión y las tormentas.

La acuicultura del langostino ha sido desarrollada mayoritariamente sobre áreas de manglar en países pobres y con el empleo de una gran cantidad de recursos externos, en forma de larvas provenientes del medio marino, de una amplia gama de productos



Langostinos importados

químicos como plaguicidas y antibióticos, de piensos para alimentar a los langostinos y de grandes volúmenes de agua limpia que es devuelta a los estuarios con altas concentraciones de materia orgánica y productos químicos que dan lugar a contaminación por eutrofización.

Las actividades de cultivo de langostinos en las costas tropicales de buena parte del planeta ponen sobre la mesa cuestiones básicas de justicia ambiental. Los consumidores del Norte tienen a su disposición un amplio abanico de fuentes de proteínas animales. En el caso de los países costeros pobres los productos pesqueros han constituido tradicionalmente una fuente insustituible y barata de proteínas para las poblaciones locales. Pero la destrucción de las áreas de manglar implica para las poblaciones costeras la pérdida de acceso a una de sus escasas fuentes de ingresos: la pesca y el marisqueo. Echando la vista atrás podemos darnos cuenta de que en el pasado los langostinos se consumían de forma mucho más esporádica. Sin embargo, lo que antes era un producto de lujo consumido sólo en determinadas épocas del año se está convirtiendo, cada vez más, en un producto de consumo diario. **El precio de los langostinos disminuye para los consumidores en estos países, pero el precio que pagan las personas y el medio ambiente en los países productores continúa aumentando.**

Sin los manglares y otros ecosistemas costeros, las áreas de la costa se vuelven inestables: las comunidades costeras quedan expuestas a devastadores frentes tormentosos que han producido la pérdida de muchas vidas humanas en países como Bangladesh y la India.